

Cuya corte en legiones
 ¡Oh reina! con dulces sonos
 Acatando tus facciones,
 Recibió
 Paraíso aventajado.

É adoraron luego al niño,
 Claro, blanco mas que armiño,
 Mirando con cuanto aliño
 Lo envolvió
 La doncella de buen grado.

Mas destos embajadores
 Vánsele y vienen colores
 Á la Virgen, flor de flores,
 Cuando vió
 Serafines á su lado.

Y vos, ilustre Marquesa,
 Contemplad esta princesa,
 Y al niño cómo la besa,
 Y se vió
 De sus pechos muy trabado.

La madre, que conocia
 Su eternal sabiduria,
 Adorando lo envolvía,
 Y temió
 Con semblante mesurado.

Aunque era, Virgen preciosa,
 Al rey tu leche sabrosa,
 De mirarte tan hermosa,
 La dejó,
 De tu beldad espantado.

Mas yo, Reina, tambien siento
 Que su claro acatamiento
 Del muy grande alumbramiento
 Levantó
 Tus sentidos de su estado.

¡Oh que extremos se juntaban
 Cuando tus ojos miraban
 Los de Dios como lloraban
 Y calló,

Con la teta consolado!

¿Cuál razon sufre tal lloro,
 Paraíso y gran tesoro?
 ¡Que heno vistas por oro,
 Siendo Dios

Inmenso, no limitado!

¿Qué fuerza te puse en esto,
 Infante de claro gesto,
 Que en pesebre estés tu puesto,
 Porque yo

Me sirva de tu reinado?

Ya por cierto desta vez,
 ¡Oh cordero, gran jüez!
 Tu padre por tu niñez
 Proveyó

De socorro mi pecado.

¡Oh bendito sea el suelo
 De mas dignidad que el Cielo!
 Porque en ti pobreza y hielo
 Padesció

Nuestro rey tan deseado.

Rey de tronos, rey de sillas,
 Grandes son tus maravillas;
 Mas mayor es que te humillas
 Al rigor

Del pesebre derrocado.

Los regalos y la cuna
 Del que hizo Sol y Luna
 Fué pesebre, que fortuna
 Le faltó,
 Como fué profetizado.

La soberbia se me quiebre,
Y mi corazón celebre
La humildad deste pesebre,
Que tomó
Dios eterno por estrado.

¡Oh príncipe nazareno!
¿Qué sientes de tal sereno,
Y desta ropa de heno
Que te dió

Nuestro criminal pecado?
Esta muy pobre librea,
De que tu madre te arrea,
No hay cristiano que no crea
Que vistió

Nuestras almas de brocado.
¡Quien pudiera ser tu escudo,
Precioso infante desnudo,
En aquel frío tan crudo
Que extremó

Tu cuerpo tan delicado!
Saliendo de las entrañas
Virginales muy extrañas,
De dos bestias por compañías
Se preció

Este rey más acabado.
De los cuales racionales,
Al modo de animales,
Con gestos reverenciales
Se adoró

El santo Verbo encarnado.
Con su huelgo escalentaban
El diversorio do estaban,
É del pasto que les daban
Se abrigó
El portal desentoldado.

Sin saber filosofía,
Latin ni sabiduría,
Abrigaban á porfia
Al que crió
Cuanto vemos hoy criado.

Hazme, hazme de tal grey,
Dios eterno, sumo rey,
Pues de sayo aqueste buey
Te valió,
De verte necesitado.

¡Oh dolor de grande aprieto,
Niño claro é Dios secreto!
Que sea el asno discreto,
É no yo,
En servirte de buen grado.

Fin.

Pongas, niño, en tus pañales
Mis deseos temporales,
Y saldrán celestiales,
Pues cayó
La mi firmeza y estado.

Fin y oracion por la señora Duquesa.

Dios, tu trono siempre oya
Á la marquesa de Moya,
Pues tu Padre acá por joya
Se nos dió
De remedio mas probado.

**Romance del nacimiento de nuestro
Salvador.**

Ya son vivos nuestros tiempos
Y muertos nuestros temores;
De otro sol se sirve el mundo,
La luna de otros colores;
De la noche hacen día
Los cielos con resplandores;
Despierte el seso turbado
Con tan divinas labores;
Que nascida es ya en Betleem
La luz de los pecadores
Para reparar la culpa
De nuestros antecesores.

Este es el Rey de los reyes
Y Señor de los señores,
Concebido como flor
Y nacido sin dolores;
De dentro consiste Dios,
Sin tener superiores,
De fuera padesce frío
De muy ásperos rigores;
Fueron de su nacimiento
Angeles albriciadores;
Do servian serafines
De muy suaves cantores;
Diciendo: *Gloria in excelsis*,
Con tiples y con tenores;
Mas oid las contrabajas
De armonía no menores;
Que el Príncipe por quien cantan
Lloró con bajos clamores.
Por ensayarse en el heno

A otros plantas mayores,
Con los cuales dió su alma
En la cruz por mis errores.

Vestido de alegres luces
Un ángel de los mejores,
Revelando este misterio,
Esto dijo á los pastores:
«La Virgen, llave del cielo,
Corona de emperadores,
Hoy es parida de un hijo
Más hermoso que las flores,
Excelente más que el cielo,
Más que todos sus primores;
Los reyes le son captivos,
Los ángeles servidores;
Las estrellas todas cuenta
Sin arte de contadores;
El mundo soporta entero
Sin segundos valedores;
En todas sus partes mora
Sin verlo los moradores;
Con todas las cosas cumple,
Por cien mil gobernadores;
Mas de tanta majestad
No cures de haber pavores,
Que todo es vena de vida
Y cordero sin furores.

»Id á Betleem de Judea,
Como diestros corredores,
Y serés deste tesoro
Los primeros inventores
Y verésle envuelto en paños,
No en brocados cobertores;
Su Madre lo está adorando
Cubierta de resplandores,

Y de verlo Dios y hombre
Vánsele y vienen colores.»

Los pastores desta nueva
No fueron despreciadores.
A Betleem van, y lo hallan
Sin ricos aparadores,
Sin brasero, sin cortinas,
Sin duques por servidores,
Sin bastón é sin corona
De labor de esmaltadores,
Sin estoque, sin celada,
Sin grandes embajadores;
Mas hállanlo fajadito,
Encogido de temblores;
Un pesebre era su trono,
Dos bestias sus valedores;
Heno se viste por oro,
No ropa de brosladores;
Un portal son sus posadas,
No labrado de pintores,
Común á los cuatro vientos
Y á todos los labradores.
¡Oh Dios mio, quien te viera
En tan bajos desfavores!

Adoran luego al Niño
Con reverendos honores,
Espantados de su Madre,
Mas sábia que los doctores,
Que daba leche al Infante
Con ojos contempladores.
¡Oh flaca naturaleza,
Qué buen par de intercesores
Te puso Dios en el mundo
Para que en el Cielo mores!
Pues buen tiempo es ya, mi alma,

Que lo sirvas y lo adores;
Que tú, Virgen pia y Madre,
Por el *Montesino* implores
Fray *Ambrosio*, de la orden
Muy tuya de los Menores.

Romance heroico sobre la muerte del príncipe de Portugal.

Hablando estaba la Reina
En cosas de bien notar
Con la infanta de Castilla,
Princesa de Portugal.
A grandes voces oyeron
Un caballero llorar,
Su ropa hecha pedazos,
Sin dejarse de mesar;
Diciendo: «Nuevas os traigo
Para mil vidas matar;
No son de reinos extraños;
De aquí son, deste lugar.
Desgreñad vuestros cabellos;
Collares ricos dejad;
Derribad vuestras coronas,
Y de jerga os enlutad;
Por pedrería y brocado
Vestid disforme sayal;
Despedíos de vida alegre,
Con la muerte os remediad.»
Entrambas á dos dijeron
Con dolor muy cordial,
Con semblante de mortales,
Bien con voz para espirar:

Acabadnos, caballero,
 De hablar y de matar.
 Decid, ¿qué nuevas son estas
 De tan triste lamentar?
 ¿Los grandes reyes d'España
 Son vivos, ó váles mal,
 Que tienen cerco en Granada
 Con triunfo imperial?
 ¿A qué causa dais los gritos,
 Que al cielo quieren llegar?
 Hablad, ya que nos morimos
 Sin podernos remediar.—
 Sabed, dijo el caballero,
 Muy ronco de voces dar,
 Que fortuna os es contraria
 Con maldita crueldad,
 Y el peligro de su rueda
 Por vos hobo de pasar.
 Yo lloro porque se muere
 Vuestro príncipe rëal,
 Aquel solo que pariste,
 Reina de dolor sin par,
 Y el que mereció con vos,
 Rëal Princesa, casar,
 De los príncipes del mundo
 El mayor, el mas igual,
 Esforzado, lindo, cuerdo,
 Y el que más os pudo amar;
 Que cayó de un mal caballo,
 Corriendo en un arenal,
 Do yace casi difunto
 Sin remedio de sanar.
 Si lo querés ver morir,
 Andad, señoras, andad;
 Que ya ni vee ni oye,

Ni menos puede hablar;
 Sospira por vos, Princesa,
 Por señas de lastimar;
 Con la candela en la mano.
 No os ha podido olvidar;
 Con él está el Rey, su padre,
 Que quiere desesperar.
 Dios os consuele, señoras,
 Si es posible conhortar;
 Que el remedio destos males
 Es á la muerte llamar.

Coplas al destierro de nuestro Señor para Egipto.

*A la puerta está Pelayo
 y llora.*

*Desterrado parte el Niño,
 Y llora.
 Dijole su Madre así,
 Y llora:
 Callad, mi Señor, agora.
 Oid llantos de amargura,
 Pobreza, temor, tristura,
 Aguas, vientos, noche oscura,
 Con que va nuestra Señora,
 Y llora;
 Callad, mi Señor, agora.
 El destierro que sofris
 Es la llave con que abris
 Al mundo que redimis,*

La ciudad en que Dios mora
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

No puede quedar en esto;
Morirés, y no tan presto;
Mas la cruz do serás puesto
Me traspasa desde agora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Callad vos, mi luz é aviso,
Pues que vuestro Padre quiso
Que seais del paraíso
Flor que nunca se desflora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Esas lágrimas corrientes
Que llorais tan excelentes,
Son bautismo de las gentes,
Que su partido mejora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

¡Oh gran Rey de mis entrañas,
Cómo is por las montañas,
Huyendo á tierras extrañas
De la mano matadora!
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Este frio no os fatigue,
Ni Herodes, que os persigue,
Por el gran bien que se sigue
Desta vida penadora.
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Por la ira erodiana
Que sofris, Hijo, de gana

Dais la gloria soberana
Al que tal destierro adora.
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Vos tomáis este viaje
Por guardar el homenaje
Que hecistes al linaje
De la gente pecadora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Con su Hijo va huyendo,
Ya cansado, ya temiendo,
Ya temblando, ya corriendo
Tras la fe, su guiadora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Llora el Niño del hostigo,
Del agua y del desabrigo
Con la Madre, que es testigo,
Nuestra luz alumbradora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

¡Oh cuáles van caminando,
Temiendo y atrás mirando
Si los iba ya alcanzando
La gente perseguidora!
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

A la Virgen sin mancilla
La verde palma se humilla,
En señal de maravilla,
Que es del Cielo emperadora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Estando el Niño en sus brazos,

Fajadillo de retazos,
Se hicieron mil pedazos
Los ídolos á deshora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.

Fin.

¡Oh si supieses, Egito,
Cuánto ya eres bendito
Por el tesoro infinito
Que hoy en tí se atesora!
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.

**Coplas de la hora en que nuestro
Redentor expiró en la Cruz.**

*Ya cantan los gallos,
Buen Amor, y véte;
Cata que amanece.)*

El Rey de la gloria
Ya se muere, y llama,
En la cruz por cama.

A Dios da querellas
Tan ronco y llorando,
Y la Virgen dellas
Casi está expirando.
¡Oh Dios mio, y cuándo
El que mas te ama
Tendrá cruz por cama!

En ñudoso tronco
De ganchos agudos,
Con un canto ronco
De tormentos crudos,
Con brazos desnudos
A su Padre llama
En la cruz por cama.

El Padre no cura
De le dar respuesta,
Mas con muerte dura
Luego le requesta.
¡Oh riqueza presta
Para quien te llama!
¿Quién te dió tal cama?

Cuya voz tan triste,
Llena de querellas,
De tinieblas viste
La luna y estrellas,
Y el maestro dellas
Su sangre derrama
En la cruz por cama.

Vistos sus desmayos
Del dolor de espinas,
Cubrió el sol sus rayos
Con negras cortinas.
Dios, ¿por qué te inclinas
A tan baja fama,
Que es la cruz por cama?

Del dolor tan puro
En que agora andas,
Yo triste só el duro,
Y las piedras blandas.
Dios, que el Cielo mandas,
Oye á quien te llama
Por tu triste cama.

Rey de las naciones,
Gloria de batallas,
Entre dos ladrones
Vencido te hallas.
Del dolor que callas
Ha volado fama

A la mar que brama.
Cual dama de amores,
Oh réal persona,
De cardos por flores
Te puso en corona.
Amor me aprisiona,
Que á vosotros ama,
Y me da tal cama.

¡Oh venas corrientes
De sangre tan viva,
Que sanais las gentes
De la muerte altiva!
Librad de captiva
Mi vida, que os llama,
Puesto en cruz por cama.

A la hora nona
De verlo defunto
Nuestra gran Señora
Muere y vive junto,
Y en el triste punto
Al sol fué la fama,
Y luz no derrama.

Del costado abierto
Dolor que atormenta
Y de lo ver muerto
La Virgen lamenta.
Puesta está en afrenta,
Porque mas lo ama,
Llorando su cama.

Alto Rey del Cielo,
De los siglos arte,
En el templo el velo
De dolor se parte.
Para contemplarte,
Tú, Señor, me inflama
En tu dura cama.

La Reina divina,
Madre del finado,
De ver tanta espina
En su enamorado,
Cayó de su estado
So la verde rama,
Que es la cruz por cama.

El dolor la mata
Y el amor la aviva,
Y al Padre relata
Su pena pasiva,
Y muy pensativa,
Se le queja y llama
Al pie de la cama.

Por el dulce fruto
Del vientre sagrado
Puso el cielo luto
De su propio grado.
¡Qué dolor doblado
En tí se derrama,
Oh preciosa dama!

Reina de alto vuelo,
¡Oh mar de virtudes!
Al verte en el Cielo
Mil sentidos mudes,
Y á morir de flama
En la cruz por cama.
Las piedras digádes

Que solés ser duras,
Cobraste blanduras;
Por qué á sus tristuras
Nuestro Dios nos llama
En la cruz por cama.

Vosotras las gentes
Sois las duras, cierto,
Que no parais mientes
Por vos Dios ser muerto;
Su costado abierto
Nos quebranta é llama
A sentir su cama.

Fin.

Nosotras las piedras
Os damos ejemplo,
¡Oh almas protervas,
Duras en tal tiempo!
Que el Rey vuestro y templo
De tal son os ama,
Que es la cruz su cama.

Coplas de los Reyes orientales.

¿De quien tomais lengua,
Reyes de Oriente?
Del rey excelente
Que en buen punto venga,

Vimos una estrella
Clara y relumbrante,
Y en el medio della

Un divino infante,
En brazos estante
De dama excelente,
Con cruz en la frente
De luz radiante.

Su voz nos decía:
«¡Oh reyes de Arabia,
De Virgen muy sábia
Dios nació este día;
Tomad, pues, la vía,
Y sin resistencia,
Para su presencia,
Que yo só la guía.

»Haced alegría
Con fe verdadera;
Que este rey me envía
Á seros bandera,
Que no hay quien mas quiera
Salvar vuestra gente;
Llevadle presente,
Que pobre os espera.»

Seguimos la vía
De Hierusalem,
Mas la profecía
Nos puso en Betleem,
Porque allí nos den
Fe, luz, gracia y tino
Del Verbo divino
Que es el sumo bien.

Y cuando llegamos
La madre envolvía
Al rey, que adoramos,
Que en brazos tenía.
¡Oh Virgen Maria,
Qué nuevo hospedaje

No menos en traje
 Que en sabiduría!
 Y luego la estrella,
 Mayor que una rueda,
 Sobre la doncella
 Se vino á estar queda;
 No hay oro ni seda
 Ni luna creciente
 Que, reina prudente,
 Medir te se pueda.

La madre ha temores
 Y toda se altera,
 Pensó que era Herodes
 La gente extranjera;
 Fué tan lastimera
 Esta turbacion,
 Que su corazon
 La mostró defuera.

Segun los sonidos
 De los dromedarios,
 Pensó ser venidos
 Allí los contrarios;
 ¡Oh flor de rosarios,
 Oh mi vida entera,
 Quien sanar pudiera
 Tus miedos plenarios!

A sus pechos junta
 Su gracioso infante,
 Y teme y pregunta
 Al mas circunstante:
 «¿Quién os fué causante
 Aquí esta venida,
 Que estoy muy perdida
 De veros delante?»

La caeli fenestra

Dijo con temblores:
 «La venida vuestra
 ¿Por quién es, señores?
 Que vuestros clamores
 Me ponen tal miedo,
 Que sanar no puedo
 Si sois ofensores.»

¡Oh reina, muy llena
 De mil perfecciones,
 No recibais pena,
 Temor ni pasiones,
 Porque estos varones
 Que con vos estamos
 Al niño adoramos,
 Trayéndole dones.

De mirra y encienso
 Y de oro muy fino,
 Porque es Dios inmenso,
 Que á salvarnos vino,
 Al cual por mas dino
 Rey de Tierra y Cielo,
 Rodillas por suelo
 Honramos contino.

De Persia partimos,
 De en par de Etiópia,
 É á darle venimos
 Tesoros en copia;
 ¡Oh Virgen muy propia!
 ¡Oh muy clara aurora!
 Tomadlos agora
 Para vuestra inópia.

Y no se os olvide
 El significado:
 Que el oro se mide
 Con su gran reinado;

Encienso le es dado
Por Dios eternal;
La mirra en señal
De crucificado.

No somos adversos
Ni herodianos,
Mas reyes diversos
Y buenos cristianos,
Que ya en vuestras manos
Cierto prometemos
Que predicaremos
La fe á los paganos.

Es el diversorio
De pobre labor,
Mayor consistorio
Que de emperador,
Porque solo amor
De fuego crecido
Os ha retraido
Á tal disfavor.

Ese cinteruelo
De que está ceñido
El pobre mozuelo,
Del heno vestido,
Es de nos habido
Por mejor brocado
Que el Cielo estrellado
Más esclarecido;

Porque contemplamos,
Segun fe y verdad,
Que este que adoramos
En tal pobredad,
Que en su dëidad
No tiene mudanza,
Mas por él se alcanza

La felicidad.

Bien lo representa
Su gran hermosura,
Que de luz sustenta
Al Sol su figura,
Que no hay criatura
Que una vez lo vea,
Que luego no crea
Que es gloria segura

Villancico.

¿Quién te trajo, rey de Gloria,
Por este valle tan triste?
—¡Ay, hombre! Tú me trajiste.

Bien de todos nuestros bienes,
De eterna gloria Señor,
• ¿Quién te trajo como vienes
A este valle de dolor,
De los Cielos hacedor?
¿Cómo ser hecho quisiste?
Siendo Dios, ¿cómo naciste?
—Siendo Dios, ser Dios y hombre
Quise yo, y púdelo ser;
Recibiendo forma y nombre
Que no solia tener.
Por morir quise nascer;
Que á mi muerte causa diste
Cuando la vida perdiste.
—Poder de todos poderes,
Pues nos puedes redimir

Sin que mueras, ¿por qué quieres
 Por redimirnos morir?
 Pues salvarnos sin venir
 Desde tu trono podiste,
 Dí, Señor, ¿cómo veniste?

—Perdiste tanto en perderte
 Por la culpa cometida,
 Que no muriera tu muerte
 Si no muriera mi vida;
 La causa de mi venida,
 En que el remedio consiste,
 Es morir, pues no muriste.

—Hombre Dios, sin hombre padre,
 Luz de luz, Verbo engendrado,
 Dios que de humana madre
 Procediste humanado,
 Por ti sea trasladado
 El hombre que redemiste,
 Al Cielo de do veniste.

Lo que fuiste siempre siendo,
 Lo que no era tomaste,
 De mujer virgen naciendo,
 Hombre Dios siempre quedaste;
 Nuestra vida reparaste,
 Nuestra muerte destruiste,
 ¡Gloria á ti, que tal hiciste!

¿Quién te trajo, Rey, sino
 La eternal sabiduría?
 La noche antes que partió,
 Esta señal nos dejó
 Del amor que nos tenia.

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PRIMER ARZOBISPO DE GRANADA.

Obra docta y devota sobre la salutación angélica (atribuida á Fr. Hernando de Talavera) (1).

Invocación á la Virgen.

¡Oh suma de nuestros bienes
 Y de todos nuestros males
 Fin y quito!
 ¡Oh Virgen, que, virgen, tienes
 Apretado ya en pañales
 A tu Hijo, Dios chiquito!
 ¡Oh nuestra torre más alta,
 Donde la gracia y verdad
 Nunca mengua!
 Pues sabeis cuánto me falta,
 Vos, Señora, me la dad,
 Con que os alabe mi lengua.

(1) Fúndase esta atribución en el testimonio de Fr. Juan de Pineda en su *Agricultura Cristiana* (2.^a parte, diálogo trigésimo primo.—Salamanca, 1589).